

Cincuentenario de la muerte de Ameghino
(1911 - 1961)

EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE FLORENTINO Ameghino —acaecida el 9 de agosto de 1911— permite evocar una vez más la vida y la obra de este argentino arquetípico. Y tal evocación adquiere aquí, en estas páginas, oportuno y apropiado lugar — además de justiciero—, no sólo por la grande significación científica de su obra sino también porque el ilustre paleontólogo enseñó en nuestra universidad.

Cuando el 18 de abril de 1897 el gobernador Udaondo declara inaugurada —en el local que actualmente es sede de la Facultad de Humanidades— la Universidad de La Plata, entonces provincial, Ameghino, académico de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas, de la que en 1902 sería designado profesor de mineralogía y geología, dicta en ella la primera conferencia, haciendo un estudio del período terciario en la Argentina. Más tarde llegará a ser académico y vice-decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, y en 1906, al nacionalizarse la Casa de Estudios, el doctor Joaquín V. González le ofrece la cátedra de geología en la Facultad de Ciencias Naturales, que funcionaba, como hoy, en el Museo, instituto en el que es nombrado, asimismo, jefe de sección.

Autodidacto genial y paradigma de voluntad, no hay otro ejemplo en el país de un hombre de ciencia que con menos haya hecho más. En medio de la nada, “con el sólo buscar, el sólo mirar y el sólo pensar construye un edificio inmenso”. Lo dice su enorme tarea —cumplida en medio de la pobreza, como que para sustentarse tuvo que instalar un pequeño negocio de librería, primero en Buenos Aires y luego en La Plata—, materializada en 179 trabajos científicos registrados, a los que es necesario añadir su abundantísima correspondencia, de la que se recogen 2677 cartas en cuatro de los veinticuatro volúmenes que componen sus Obras Completas.

EDITORIAL

La lectura de la Geología de Lyell y del Viaje de un naturalista de Darwin, infunden en su mente, en plena adolescencia, la adhesión a la doctrina evolucionista, de la que, con el correr de los años, se convertiría en principal vocero, arrostrando la cerrada y áspera oposición de Burmeister, conspicuo representante de la ciencia oficial nutrida de las anticuadas ideas de Cuvier, creador de la teoría catastrófica. En la despareja y ardorosísima lucha que desde temprano se vio obligado a mantener, fue sostenido y alentado por Mitre y Sarmiento —siempre dispuestos a apoyar toda renovadora empresa intelectual—, propiciador, el segundo, en 1882, de una conferencia de Ameghino sobre Darwin, muerto ese año. Y en 1884 su Filogenia —editada gracias a la munificencia del doctor Estanislao S. Zeballos— se convierte en una especie de pregón de la nueva escuela evolucionista en el Río de la Plata y constituye el sillar sobre el cual Ameghino asentó su ciclópea labor futura.

De su obra, juzgada a la luz de los conocimientos actuales, según la valoración de los entendidos, ha caducado su hipótesis sobre la antigüedad del hombre, de la que, al decir de Márquez Miranda, “no queda prácticamente nada, salvo la idea fundamental evolutiva de que monos y hombres descienden de algún lejano antepasado común y que el hombre es muy antiguo en América”; también su estatigrafía —basada en la paleontología—, a despecho de la importancia que tiene la caracterización de una serie de horizontes geológicos, ha sido superada por correcciones modernas. Pero en cambio su labor de paleontólogo, casi intacta en el presente, constituye el basamento inconmovible de su gloria. Y no sólo como descriptor de órdenes, géneros y especies nuevas —que ascienden a más de mil—, sino, al propio tiempo, como creador de teorías sobre los seres fósiles. Así lo reconoce el eminente zoólogo doctor Angel Cabrera al referirse a “el peso sencillamente abrumador de sus descubrimientos en el campo de la paleontología”. Y con relación a tales trabajos, otro naturalista, el doctor Eduardo Holmberg, pudo decir con verdad y belleza, en ocasión de su muerte: “Construyó un castillo del cual nadie podrá desalojarle, aunque le derrumben algunas torres y almenas en el ataque.”

Por esa enorme herencia científica que ha dejado al país y por el altísimo ejemplo moral de su vida, humilde y valerosa como pocas, este sabio —nuestro primer sabio nacional— pervive en la memoria y en el corazón de su pueblo.

LA DIRECCIÓN